Miguel Othón de Mendizábal [1]

JESÚS SILVA HERZOG

Nació en la ciudad de México en 1890 y dejó de existir en la misma ciudad en 1945. Mendizábal participó activamente en la revolución acaudillada por don Francisco I. Madero. Después de la Revolución, que a nuestro juicio fue de 1910 a 1917, Mendizábal dedicó el resto de su vida al estudio, a la investigación y a la enseñanza, con capacidad, constancia y desinterés. Puede clasificarse como etnólogo, antropólogo, historiador e indigenista. Todo lo que escribió es de la más alta calidad intelectual.

A lo largo de su vida, Mendizábal desempeñó varios puestos técnicos y docentes, tanto en la Universidad de México como en el Instituto Politécnico y en el Museo Nacional. Fue un incansable trabajador, preocupado siempre por los problemas fundamentales de México, a los cuales aportó ideas a la par originales y constructivas. Tuvo numerosos amigos que le quisieron y admiraron por su simpatía personal y altas virtudes. Sus *Obras Completas* fueron publicadas en 1946 y 1947. El primer tomo es de homenaje y los 5 restantes contienen 63 trabajos del autor: libros, folletos y artículos. En ocasiones se repite para reiterar sus opiniones y puntos de vista. Esto es inevitable entre quienes trabajan en el campo de las ciencias sociales y han escrito cientos de páginas durante su existencia. Lo anterior pueden comprobarlo todos los que estudien a fondo y con amplitud las obras de los más fecundos y afamados historiadores, sociólogos, economistas y escritores sobre política o ciencia política.

Al autor de esta nota se le hizo el honor de designarlo para escribir el prólogo de las *Obras Completas*. Lo dicté desde la cama de un hospital en los primeros días de octubre de 1946. De ese prólogo recojo aquí un fragmento:

El 6 de diciembre de 1945 dejó de latir el pulso de Miguel Othón de Mendizábal. Hermosa y fuerte personalidad que sus amigos recuerdan con honda simpatía y recogido afecto. Sus amigos, al publicar sus obras completas, le rinden merecido homenaje.

Miembro de una familia acomodada, con ligas políticas con el régimen porfirista, Mendizábal, cuando era apenas un adolescente, sintió nacer en su espíritu la semilla de la inconformidad; inconformidad con un sistema de gobierno a favor de la clase privilegiada —empresas extranjeras, banqueros y latifundistas—; inconformidad con la oligarquía dirigente que había olvidado las necesidades insatisfechas de las grandes masas de la población, que había olvidado al campesino desnutrido y secularmente sujeto a la más dura explotación; y poseído por un anhelo de transformación social, por un ideal de justicia, Miguel Othón fue uno de los primeros jóvenes con inquietudes intelectuales que supo estar en su puesto al unirse al movimiento revolucionario.

En aquella tremenda lucha en la que los grupos armados bien pronto se dividieron en facciones: primero en maderistas, orozquistas y zapatistas, y después, en la etapa posterior, en los partidarios de la Convención, de Carranza y de Francisco Villa, supo Mendizábal de éxitos y fracasos, de triunfos y derrotas; supo también de la amargura del destierro, de la ausencia de la patria, por cuya transformación había peleado con limpieza de espíritu y tenacidad inquebrantable; pero en todas partes, lo mismo al huir con sus compañeros vencidos por selvas y montañas, a salto de mata. que en distante tierra extranjera, mantuvo intacto su ideal y supo siempre ser pródigo en ofrecer a quienes lo rodeaban el don de la amistad, esa virtud tan hermosa, hoy tan desdeñada por ciertos malandrines de la llamada política realista, en boga en nuestro tiempo para desdicha del hombre.

De retorno a su México descubre su verdadera vocación, antes apenas sospechada, y encuentra la senda por la que, con amor y devoción, habría de caminar el resto de su vida. Es así como desde fines de la segunda década del presente siglo, Mendizábal se entrega a la investigación histórica, sociológica y económica. No fue nuestro dilecto amigo uno de esos especialistas con una sola ventana en el espíritu, uno de esos individuos que por desempeñar de manera tan perfecta su oficio dejan de ser ciudadanos. No era Mendizábal de los que tienen una sola claraboya en el espíritu por donde mirar sólo un fragmento insignificante del inmenso paisaje; él tenía amplios ventanales abiertos a todos los vientos y hacia todos los puntos cardinales; y si bien es cierto que realizó valiosas aportaciones en el campo de la Historia Económica, de la Etnografía, de la Antropología y de otras ramas del humano saber, cierto es también que Mendizábal fue ante todo un humanista de cuerpo entero. Jamás le interesó la ciencia por la ciencia, esa invención monstruosa de gentes a quienes se les ha secado el alma. Jamás le interesó, por ejemplo, la economía como ciencia meramente descriptiva, estéril, fría e intrascendente; lo que le interesaba era el bienestar del hombre, la ciencia como medio para descubrir nuevos horizontes y fórmulas nuevas de convivencia humana.

Durante un cuarto de siglo consagró lo mejor de su tiempo a la investigación y a la enseñanza, y casi dos cuartos de siglo a la lucha por la justicia y la libertad. Fue infatigable: escribió libros, folletos, artículos; dio centenares de conferencias, profesó en varias instituciones; profesó, además, en la conversación. De Mendizábal puede decirse lo que de sí mismo dijo alguna vez don Francisco Giner de los Ríos: administraba el santo sacramento de la palabra. Conversador infatigable, destilaba en sus charlas, con amable sonrisa acogedora, sus vastos conocimientos, la agudeza de su ingenio y la nobleza de su espíritu. Leal a sus principios, vivió pobre, trabajosamente, y pobre dejó este mundo de comerciantes ambiciosos e insaciables. Siempre que había que luchar por alguna buena causa, allí, en la primera fila, se hallaba Miguel Othón de Mendizábal. Muchas veces lo encontré apadrinando grupos de campesinos, ayudando a los republicanos españoles que el fascismo internacional arrojara a nuestras playas. Cuántas veces lo vi en las antesalas de los personajes, no para pedir algo para él, sino para algún amigo a quien trataba de ayudar a resolver sus problemas. Con la misma amabilidad y la misma leve sonrisa trataba al rico y al pobre, al desvalido y al poderoso; mas cuando venía a cuento, sabía, con frase certera e incisiva, castigar al pedante y encorvar la soberbia de esos pobres diablos que miran a todos de arriba abajo desde el séptimo piso de su vanidad.

Recuerdo que una de las pocas veces que tuvo, por algunos meses, cierta holgura económica, me dijo: "¿Qué no estaré traicionando mis principios? ¿Es acaso justo que yo viva tan bien, mientras tantos arrastran su miseria y sus harapos en los barrios pobres de las ciudades y en los pueblecillos cercanos o distantes?" Muy poco tiempo duró, como ya lo apunté antes, su relativa y fugaz bonanza; bien pronto volvió a la lucha constante, implacable, para ganarse el pan. Vida modesta y a la par fecunda. Se vestía con descuido y jamás usaba reloj: no le importaba la apariencia y muy poco el tiempo. Algunas veces llegó a visitarme después de las once de la noche creyendo que eran las ocho. Muchas anécdotas interesantes podrían referirse de este hombre admirable, inteligente, sabio y bueno. Su sombrero de anchas alas, que siempre llevaba y que le daba un aspecto desusado en esta época vertiginosa y del sinsombrerismo, se antojaba símbolo de su pensamiento, también de anchas y fuertes alas.

Pero parece aconsejable y oportuno recoger otras opiniones sobre nuestro autor, tomadas del tomo de homenaje:

> De *Ermilo Abreu Gómez*. El espíritu de justicia de Miguel fue siempre la clave de todas sus investigaciones. Nada que no fuera equitativo le interesaba. La justicia para él no estaba en las leyes sino en la función social de los hombres.
>
> Del *Dr. Atl*. Era Miguel Othón de Mendizábal, fundamentalmente,

un hombre de gran empuje, de constante actividad organizada, completamente convencido de la utilidad y de la justicia de sus doctrinas, de sus ideas y de sus ideales, que llevó en alto durante toda su vida por los más diversos caminos de la Ciencia. Su obra, diseminada en libros y en folletos de corto tiraje y en artículos de revistas poco difundidas, juntamente con la parte hasta ahora inédita, aparece en esta serie de volúmenes en toda su magnitud —magnitud de primer orden—, que coloca a su autor en el rango de los más formales investigadores en los campos de la sociología, de la arqueología y de la prehistoria.

El hombre era completo, física, moral e intelectualmente: grande, fuerte, prodigioso, trabajador, magnánimo con los discípulos, con los amigos y con los extraños; sin pretensiones, sin vanidad, sin miedo; gallardo y galante como un mosquetero de leyenda.

Del profesor Celerino Cano. Es una realidad que, desde entonces, una familia no escucha la voz orientadora ni siente la ternura que se formaba en torno del hogar. Es verdad que esa noble figura, con su sombrero de amplias alas y su blusa de campaña, ya no pondrá más la nota de optimismo y afirmación en medio del erial, en la plenitud del trópico o en el rincón de la serranía. También es cierto que en nuestro viejo caserón, de Naranjo 17, ya no volveremos a recibir el magnético apretón de manos del amigo y maestro, antes de dirigirse al aula, en donde le esperaban grupos compactos de alumnos para escuchar la cálida enseñanza. Y no es menos exacto que las letras y las ciencias resentirán la falta de un investigador auténtico y de un campeón de la Revolución Mexicana.

A don Miguel Othón de Mendizábal lo queremos y lo situamos en un lugar preferente de nuestro cuadro de valores, no sólo por lo que escribió y enseñó, sino por el dato humano y el símbolo que encarnó.

Con pulcritud en la palabra, claridad en el pensamiento y rectitud en la acción, resulta un noble ejemplo para la juventud y el magisterio de México.

En su libro *Influencia de la sal en la distribución geográfica de los pueblos, conforme a sus géneros de vida,* Mendizábal dice que el régimen alimenticio es resultado del género de vida y que éste es consecuencia de la necesidad de utilizar ciertas condiciones del medio geográfico, las cuales influyen en las costumbres, en la técnica utilizada y desarrollan facultades especiales en los grupos humanos. Agrega que en términos generales puede decirse que tanto las ingentes civilizaciones de América como los grupos sedentarios fundados sobre bases agrícolas, se desarrollaron en zonas de características climáticas diferentes, pero siempre bien dotados de salinas naturales o de recursos para la fabricación de la sal.[2] El libro de que se trata, posteriormente incluido en las *Obras Completas,* fue por primera vez dado a la luz pública en 1928 por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, significando una verdadera aportación para los estudiosos de la prehistoria y de la historia de América.

Miguel Othón de Mendizábal fue ante todo un indigenista convencido,

que trabajó durante largos años de su vida en favor de una raza infeliz y desgraciada. En libros, folletos, artículos y conferencias, siempre que venía a cuento, defendió con argumentos sólidos al indio mexicano y propuso soluciones para mejorar sus condiciones de vida en lo económico y en lo cultural.

En una conferencia titulada "Ética Indígena", leída en el salón de actos del Museo Nacional la noche del 27 de septiembre de 1923, Mendizábal se refirió al discutido asunto de los sacrificios humanos, dando su propia versión. De la conferencia citada tomamos el interesante párrafo siguiente:

> Como acto religioso, el sacrificio humano era denotador por parte de los aborígenes de reverencia suma y no contravenía ninguna máxima explícita e implícita de los dogmas religiosos, puesto que la ofrenda sangrienta, propia o ajena, era agradable a los númenes. Los pueblos europeos en sus guerras, matanzas y suplicios de carácter religioso o político, que han privado de la existencia a número incomparablemente mayor de seres que las aras propiciatorias indígenas, obraban y obran en contra del precepto capital de sus religiones, que prescriben el respeto a la vida humana. Además, y esto es factor capital para el juicio moral del asunto, en el concepto de la mayoría de los pueblos, pero particularmente de los cristianos de las diversas sectas, cuyas continuas luchas ensangrentaron Europa, Asia y África durante muchos siglos, las almas de los creyentes de la secta o religión enemiga, guerreros o víctimas, eran precipitados sin remisión a las gehenas infernales. El piadoso cruzado, al asestar el mandoble que partiría la celada del sarraceno, o el ferviente católico al atravesar de parte a parte con su estoque al hereje reformado, no solamente privaban al cuerpo de la vida terrestre, sino que, en su firmísimo concepto, condenaban el alma del contrario a las penas eternas. El conquistador español mismo ¿no tenía la convicción de que todos los indígenas a quienes privaba de la vida en nombre de su religión y de su rey, sufrirían el eterno castigo, por culpa de haber nacido, océano de por medio, a miles de leguas del sitio donde transcurrió la vida y la pasión de Cristo, y no haber podido enterarse de su predicación y convertirse a su doctrina? Por el contrario, el sacerdote indígena que ante la multitud silenciosa y reverente, no ebria de sangrienta voluptuosidad como los espectadores del circo romano, de los autos de fe inquisitoriales o de las guillotinas revolucionarias, cuando abría el pecho a las víctimas con su cuchillo de pedernal, abríale al mismo tiempo, cualquiera que hubiese sido su religión y su conducta individual, las puertas privilegiadas que el Mictlán reservaba a las almas de los sacrificados.

¿Las observaciones anteriores no invitan al lector a reflexionar sobre asunto tan debatido? ¿No hay en la condenación de los sacrificios humanos mucho de incomprensión, de ignorancia y de hipocresía? A lo que dijo entonces Mendizábal cabe añadir las cámaras letales de Hitler, las bombas atómicas arrojadas por instrucciones de Truman y Marshall sobre Hiroshima y Nagasaki y los bombardeos que en los momentos de escribir estas

líneas arrojan los aviones norteamericanos sobre Vietnam del Norte. Recordemos el conocido apotegma: el hombre, siempre, lobo del hombre. Y recordemos también de paso la frase blasfema de Federico Nietzsche: "si Dios ha hecho este mundo, yo no quisiera ser ese dios; la miseria del mundo me desgarraría el corazón."

En la misma conferencia citada en párrafo anterior, Mendizábal habló de la moral y de la educación entre los aztecas. Veamos lo que dijo:

> Desde la ceremonia bautismal, en la que se impetraba la protección de "Ometacutli" y "Omecíhuatl" para que el recién nacido afrontara la vida virtuosamente, con la resignación y fortaleza necesarias para soportar sus inherentes penalidades y trabajos, toda la educación indígena, de niño a cargo de los padres, no por cariñosa menos estricta; de púber encomendada a las diversas escuelas del Estado, tenía como fin fomentar en el educando todas las condiciones espirituales, morales y materiales que la colectividad necesitaba en sus individuos, y combatir los defectos, tendencias y vicios nocivos a la sociedad. El Códice Mendocino, Sahagún, Motolinía, Olmos y los demás cronistas primitivos, nos dan cuenta pormenorizada del inflexible y general sistema educativo: alimentación parca, reglamentada minuciosamente conforme a las edades, para lograr, sin perjuicio de la fortaleza física, la proverbial sobriedad indígena, el abrigo ligero y duro el lecho para inmunizar al niño a la intemperie y para librarlo de la inclinación a la molicie; y, principalmente, el hábito cotidiano del trabajo, sistemáticamente acrecentado en razón de su fuerza para iniciar al educando en la función material que le tocaría desempeñar en su vida de hombre y crearle hábitos de laboriosidad; a la vez que se le inculcaba el respeto a la verdad, el amor inquebrantable a la familia y la sumisión incondicional a los padres; la consideración a los ancianos y la reverencia suma a los dioses y a los sacerdotes sus representantes. La omisión en el cumplimiento de las obligaciones materiales o de los deberes morales era castigada, conforme también al sexo y a la edad, con correctivos que llegaban a ser severos para indóciles y reincidentes.
>
> Mientras en los pueblos europeos a principios del siglo XVI, la instrucción de la mujer, considerada innecesaria y aun peligrosa para su virtud y recato, era desatendida en absoluto por el Estado, quedando relegada su rudimentaria educación a la solicitud siempre errónea e insuficiente del hogar, o encomendada al convento con perjuicio por lo general de la especie, puesto que hurtaba a la maternidad numerosos organismos selectos, las niñas aztecas eran preparadas para su importantísima función social, con el mismo esmero que los hombres, a las que le eran propias, tanto en el hogar, bajo la mirada vigilante de la madre, como en los institutos educativos nacionales en cuyos departamentos femeninos, antes de perder el recato extremado que las costumbres imponían a su sexo, fortalecían más su conducta con apego a los estrictos principios morales, adiestrándose, además, en todos aquellos menesteres domésticos o de utilidad para la función que les estaba asignada, adquiriendo todos los conocimientos usuales de su época y de su medio.

Efectivamente, los aztecas tenían principios morales en nada inferiores a los de la cultura occidental. Castigaban al mentiroso y al borracho; enseñaban el respeto a los padres y a los ancianos, y que a los pobres y afligidos había que consolar con obras y buenas palabras. Algunos de sus preceptos éticos no eran inferiores a la moral cristiana.

Numerosos escritos de Miguel Othón tratan de la situación de los indígenas y de las castas durante los tres siglos de dominación española. Relata todo lo relacionado con la injusta distribución de la tierra entre españoles, las comunidades religiosas y los grupos indígenas. Se ocupa de la explotación brutal y sin misericordia de que fueron víctimas los nativos, tanto bajo la férula de los encomenderos como la de los dueños de los obrajes; señala que la extracción del oro y de la plata de las minas, lo mismo que la construcción de las numerosas iglesias, fueron posibles gracias al trabajo, al sudor y a la sangre del indio. Según Mendizábal se construyeron "13 727 iglesias, conventos, ermitas y capillas" en el curso de los tres siglos coloniales. Por otra parte, hace notar que de hecho la enseñanza de las primeras letras —y ya no se diga de la educación superior— estuvo vedada a la inmensa mayoría de la población; fue privilegio de españoles y criollos, y sólo por excepción de individuos de otras razas. Según nuestros datos en 1810, entre alrededor de 6 000 000 de personas que habitaban en la Nueva España solamente 30 000 sabían leer y escribir.

Según Mendizábal la división de la población en 1810 era la siguiente: españoles, 70 000; criollos, 1 245 000; indios, 3 100 000; negros, 10 000; castas, 1 412 000. Total, 5 837 100. Además nos proporciona datos sobre la distribución de la tierra al consumarse la independencia, datos que a continuación insertamos: terrenos de comunidades indígenas de todas clases, 18 000 000 de hectáreas; terrenos de los pueblos no indígenas, incluyendo el ocupado por ciudades, villas, minerales, etcétera, y las propiedades pequeñas y medianas, 5 000 000 de hectáreas; 10 438 haciendas y ranchos, 70 000 000 de hectáreas; baldíos, 100 000 000 de hectáreas. No conocemos las fuentes de información del autor sobre las cifras anotadas; mas él fue siempre un acucioso y responsable investigador, razón por la cual nos parecen dignas de confianza y de indudable interés. [3]

Ahora bien, es incuestionable que la distribución de la tierra entre los habitantes del país ha sido el problema fundamental desde la conquista hasta nuestros días. Lo fue durante la época colonial, durante todo el siglo XIX y lo que va corrido del XX. Es obvio que la lucha del pueblo mexicano por conquistar la tierra ha sido constante en toda nuestra historia. Ésta, la historia de México, no puede explicarse cabalmente si se deja de lado el estudio de dicho problema. Mendizábal opina, y nosotros participamos de su opinión, que el problema agrario tuvo influencia importante en las luchas por la independencia. A este propósito escribe:

> Fue, en consecuencia, el problema agrario, más que ninguno de los problemas sociales y económicos de la Nueva España, el que sirvió de denominador común al descontento y permitió la unificación momentánea de elementos étnicos tan hondamente separados por prejuicios centenarios y por intereses antagónicos, para lograr la destrucción de la dominación española; fueron las reivindicaciones agrarias la única finalidad que persiguieron en común con diversos matices, de acuerdo con las aspiraciones concretas de cada estrato étnico-social, pero con igual intensidad, tanto los indígenas, el último estrato implacablemente oprimido y explotado por todos, como las castas, sin duda alguna el elemento más enérgico, y más decidido en la lucha, como la mayoría de los criollos, privilegiados solamente en su vanidoso concepto y en el de los historiadores que lo han tomado en serio para sus clasificaciones sociales.

Recuerde el lector el pensamiento de los dos grandes caudillos de la Independencia, Hidalgo y Morelos, de igual manera que el de varios escritores incluidos en este libro, preocupados por la cuestión de la tierra en el curso de los primeros lustros inmediatamente posteriores a 1821: Francisco Severo Maldonado, Francisco García Salinas, Lorenzo de Zavala, Tadeo Ortiz, José María Luis Mora y Mariano Otero. Todos ellos, con enfoques a veces coincidentes y en ocasiones distintos, escribieron buen número de páginas acerca del asunto que nos ocupa. Maldonado redacta una ley agraria; Ortiz se interesa preponderantemente por la industria agrícola relacionándola con la propiedad; y Zavala, García Salinas y Mora, actúan o escriben, o ambas cosas a la vez, para redistribuir la tierra y están convencidos de la necesidad de desamortizar las propiedades del clero. Por su parte, Otero, sostiene que no puede explicarse la historia de ningún pueblo sin conocer el régimen de la propiedad territorial.

De acuerdo con el parecer de Miguel Othón, el problema principal del indígena es el aislamiento geográfico, causa de la desvinculación económica, política y cultural; y en la conferencia que pronunció para celebrar el día del indio en América, formuló sus puntos de vista en los términos que a continuación se señalan:

> Como resumen de esta larga plática, quiero enumerar los diversos problemas de la vida indígena, no en el orden de su importancia intrínseca, sino en el orden de precedencia que les corresponde como factores de un problema total: comunicaciones fáciles y baratas; desarrollo de la economía regional, vinculándola con la economía de la nación; estímulo de los elementos positivos de la cultura indígena y de los aspectos más recomendables de nuestra cultura nacional y, por último, mejora de las condiciones de salubridad, por medio de la profilaxis y la higiene, como medio para aminorar la elevada mortalidad rural y contribuir al bienestar de las futuras generaciones.

Varios años posteriores a la conferencia precitada, se fundó en la ciudad de México el Instituto Nacional Indigenista por iniciativa y bajo la dirección de Alfonso Caso. Esta importantísima Institución en sus 18 años de vida, ha realizado una obra de enorme significación en beneficio de varios grupos indígenas, siguiendo un programa coincidente con las ideas que afanosamente divulgó y propagó durante su vida Miguel Othón de Mendizábal y otros indigenistas de análogas preocupaciones. Es mucho lo que ya se ha hecho para incorporar al indígena al resto de la población mexicana, aun cuando, precisa confesarlo, hay todavía mucho más por hacer. Y es que la solución total del problema exige tiempo y la inversión de recursos cuantiosos de que no dispone el erario público.

Miguel Othón de Mendizábal fue siempre partidario decidido de la reforma agraria y escribió centenares de páginas sobre el problema; mas como no fue un político a la mexicana en busca de votos para ganar una curul, ni tampoco un demagogo superficial de esos que dejan caer sobre las muchedumbres cajones de frases elocuentes, sino un investigador serio, honrado y patriota, vio con claridad los aspectos afirmativos y negativos del reparto de la tierra en nuestro país. A manera de ejemplo vamos a transcribir varios párrafos escogidos un tanto al azar, que dan idea de la posición del autor acerca de tan arduo, complejo y difícil asunto:

> De una manera general, puede decirse que en los diversos sistemas de crédito ensayados, no ha existido nunca una tendencia definida, sino que se han seguido las fluctuaciones ideológicas de la política general del país; pero el ejido, en sí, a pesar de los defectos que en la actualidad presenta, es un estímulo de la solidaridad y una escuela de la cooperación. Si no ha llegado a ser aún, desgraciadamente, una unidad de producción, ha sido siempre y lo seguirá siendo, sobre todos los obstáculos que se le opongan, una unidad social de la que todos sus miembros se consideran responsables: en la guerra o en la paz, en la lucha contra los enemigos de la revolución agraria como en las empresas colectivas (construcción de escuelas, canales, bordos, caminos carreteros, combate de plagas, servicios de policía rural, etcétera), el miembro de la colectividad ejidal siempre ha respondido al primer llamado de las autoridades o de los comités administrativos, con una unanimidad y un entusiasmo inusitado en nuestro ambiente. Pese al esfuerzo individualizante que significó la parcela del patrimonio familiar, es decir, la creación de una minúscula propiedad, insuficiente para llenar las elementales necesidades del más bajo estándar de vida, la comunidad de intereses, de medios y de fines ha logrado hacer del ejido una célula, la célula social por excelencia, que desempeñará un papel importantísimo en el futuro desarrollo económico de México.
>
> Como era inevitable, el ejido ha heredado las condiciones buenas o malas que prevalecían en las haciendas, lo que equivale a decir que

tendrá que afrontar, además de sus problemas específicos, los de la gran propiedad con cuyas tierras se formó; con la agravante de que, en numerosos casos, al romperse con el fraccionamiento una unidad de producción perfectamente definida, se ha creado un problema nuevo. En la Altiplanicie, el problema esencial es el riego, pues las lluvias insuficientes y las heladas tempranas hacen completamente aleatorio el cultivo de las tierras de temporal (existen regiones, como las de la zona árida del Valle del Mezquital, en las que se logra una cosecha de diez). En las comarcas en donde el cielo es favorable e incluso en los terrenos que han sido irrigados desde hace muchos años, la cosecha es, naturalmente, segura; pero sus rendimientos son muy bajos (600 kilos para el maíz y 400 kilos para el trigo, en promedios, por hectárea), a causa de la rotación exhaustiva de cereales, maíz y trigo particularmente, en los terrenos de mejor calidad y de la necesidad de cultivar terrenos de mala calidad, como un recurso antieconómico, pero inevitable, para el sostenimiento de la población campesina.

De lo que llevamos dicho, se desprende con claridad que no son las tendencias hereditarias o de raza, ni las contradictorias influencias culturales, sino las condiciones objetivas geográficas, topográficas, climatéricas, agrológicas y tecnológicas del ejido y las características de clase de los individuos que constituyen la comunidad, las que favorecen o dificultan la socialización de la producción ejidal. Claro está que circunstancias externas —las posibilidades del crédito oficial, y la intervención, por lo común perniciosa, de la política regional— sirven de estímulo o de obstáculo para que se lleve a cabo la transformación económica de la célula social.

En efecto, uno de los más graves resultados que ha producido la variable actitud de las autoridades agrarias, a través de los distintos gobiernos de la República y de los Estados, es el de las dotaciones insuficientes por la cantidad de tierra entregada a los campesinos o por su calidad, pues en múltiples ocasiones se localizaron las afectaciones en tierras de ínfima clase.

Toda reforma agraria —transformación radical de un régimen de propiedad territorial, realizada, en la mayoría de los casos, por imperativos de orden político— produce, como es lógico, perturbaciones más o menos profundas en la producción. Si la reforma se ha llevado a cabo acertadamente, es decir, si se han llenado adecuadamente las necesidades económicas y sociales que crearon el problema de urgente resolución, estas perturbaciones pasajeras y, una vez vencidos los naturales obstáculos, el nuevo régimen productivo, ajustado a su momento histórico, superará rápidamente la situación anterior a la reforma. Si este fenómeno no se produce, es indispensable investigar las causas que lo impiden y ponerles remedio con decisión y energía.

Todos los párrafos arriba insertos fueron escritos en la década de

1930, aproximadamente hace 30 años. Lo interesante del caso estriba en que todo lo que se dice es correcto y puede aplicarse a la situación actual en 1966, no obstante que de entonces para acá se han repartido muchos millones de hectáreas más, beneficiando real o teóricamente a centenares de miles de labriegos. Hoy como ayer hay ejidos prósperos y ejidos miserables, dependiendo de la calidad de los terrenos y de los individuos, así como también de la organización o desorganización de la célula ejidal. Por supuesto que hay otros factores que han influido en su éxito o fracaso. A nuestro juicio ha sido un error el reparto de tierras de temporal de tercera clase, de zonas semidesérticas, de bosques, sin herramienta apropiada o de agostadero sin ganados, sin tan siquiera haber tratado de organizar a los ejidatarios. El resultado catastrófico ha sido que no se ha logrado mejorar las condiciones de existencia económica y social de millares de familias mexicanas, las cuales viven hoy en la pobreza o en la miseria, igual o peor que sus lejanos antepasados. De aquí la necesidad de investigar con hondura, con honradez científica y sin miedo a confesar los fracasos de tan ingentes problema, para encontrar y poner en práctica las soluciones pertinentes y ventajosas, con la mira esencial de elevar los niveles de vida de millones de compatriotas. Nosotros hemos sintetizado nuestro pensamiento hace ya algo más de un lustro en estas breves palabras: hay que reformar la reforma agraria. Y por fortuna, usando vocablos diferentes, parece que las autoridades del ramo están comenzando a seguir ese camino. Sin embargo, no nos hacemos muchas ilusiones.

Pasemos a otro asunto. En el año de 1936, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, llevó al cabo investigaciones sobre las condiciones económicas, sociales y políticas de Santa María Tepeji y de Capula, Hgo., ambas pertenecientes al Valle del Mezquital. La dirección estuvo a cargo de Miguel Othón de Mendizábal, contando entre sus colaboradores al doctor Daniel Rubín de la Borbolla, al malogrado etnólogo y novelista Francisco Rojas González y al estudiante de economía Fermín Espinosa. El trabajo duró varias semanas y los resultados se presentan al público en buen número de páginas en el tomo VI de las obras completas de nuestro autor.[4] Tales resultados son impresionantes, porque ponen de manifiesto el atraso de los habitantes de dichos municipios, situados a corta distancia de la capital de la República. La pobreza era casi general y por lo mismo bajísimos los niveles de vida en lo económico y en lo cultural. En Santa María Tepeji, de muy cerca de 4 000 personas en edad posescolar, no sabían leer ni escribir el 90.2% de los hombres y el 97.7% de las mujeres. Además, la ignorancia y la miseria repercutían en la salud de los individuos: "la tuberculosis debida a la falta de alimentación adecuada; las enfermedades infecciosas, tifoidea, disentería amibiana, producidas principalmente por el agua; el tifo y la

viruela endémica, debidos a las aglomeraciones en que viven las familias por las condiciones de la habitación, determinadas por el clima, causan grandes estragos a los habitantes." La penuria de las cajas municipales era enfermedad endémica. El derecho por defunciones era uno de los pocos ingresos que recibían los municipios. La conclusión a que se llega después de leer las dos monografías, es sencillamente desalentadora. Uno se pregunta ¿dónde quedaron los principios redentores de Nuestra Señora la Revolución? Sabemos que los problemas han sido y son de magnitud considerable, difíciles de resolver cabalmente; pero sabemos también que ha sido notoria e incuestionable la falta de ideas claras, de interés auténtico para remediar los males de la miseria popular, de capacidad, de laboriosidad y de honradez de no pocos de los gobernantes, lo mismo locales que federales.

Sería por demás instructivo que el Instituto de Investigaciones Sociales de nuestra universidad, o cualquier otro organismo, realizara a 30 años de distancia una nueva investigación de los dos municipios precitados, siguiendo el mismo método de investigación que en 1936. Los resultados servirían para saber a ciencia cierta si los habitantes de esos municipios han mejorado sus condiciones de vida o si han permanecido estacionarios.

Por otra parte, es pertinente hacer notar que los casos de Santa María Tepeji y Capula, Hgo., no eran excepcionales sino representativos de centenares de municipios de la nación.

En el Congreso de Medicina Rural, celebrado en la ciudad de San Luis Potosí del 20 al 25 de noviembre de 1938, el profesor Mendizábal presentó un trabajo acerca de la distribución de los médicos en el país. El trabajo es extenso, minucioso y de interés indubitable. A continuación copiamos tres párrafos de dicho estudio:

> En el año de 1910 teníamos 2 566 médicos para 15 160 369 habitantes, es decir, correspondía un médico por 5 908 personas. En 1930 ya tenemos un médico por cada 3 591 habitantes. En la actualidad tenemos un médico por cada 2 901 habitantes, lo cual quiere decir, que si los médicos estuvieran mejor distribuidos y no nos encontráramos con ese problema de las distancias que no puede resolver el gobierno, tendríamos un número relativamente aceptable de médicos, ya que en Alemania, en los medios rurales, hay aproximadamente 1 400 personas por cada médico, nada más que la distancia que tiene que cubrir ese médico es insignificante, y nosotros, por ejemplo en Querétaro, un médico por cada 52 000 habitantes tiene que cubrir una extensión de 3 000 Km^2 y en Quintana Roo tendrá que atender 7 000 Km^2..."
>
> De los 2 264 municipios en que estaba dividida la República en 1938,

1 523, el 67.27%, carecían de médico titulado y solamente 741, el 32.73%, contaban con uno o más médicos...

La mala distribución de los médicos titulados es un problema económico y social de muy difícil resolución en las actuales condiciones del país. La preparación universitaria para el ejercicio liberal de la profesión y el ambiente social de la capital de la República o de las capitales de los Estados en donde existen escuelas de medicina, hacen que los médicos recién recibidos, cualquiera que sea su extracción social, aun los que proceden de las clases obreras y campesinas, tengan como finalidad suprema ejercer sus profesiones en la ciudad de México o, al menos, en alguna de las ciudades importantes de provincias. Muy contados son los que eligen desde el principio de su acción profesional poblaciones de importancia secundaria y menos los que se conforman con un medio rural. La carencia del confort y de elementos materiales para el trabajo y la vida misma, y la pobreza del medio cultural del campo mexicano alejan de los pequeños poblados rurales a los individuos que se habituaron a la vida de las grandes ciudades, aun a los de origen campesino.

Mendizábal en su ponencia hace un estudio minucioso acerca de las defunciones con o sin certificado médico, llegando a la conclusión de que en el quinquenio de 1932 a 1936, en todo el país, el 61% no tuvo diagnóstico ni certificado médico y que sólo el resto lo tuvo. [5]

Mendizábal pensaba que para poner remedio a la lamentable situación que él examinaba, era "necesario fundamentalmente formar un nuevo tipo de profesionistas de Estado", convencido de la función social que tiene que desempeñar el médico. Su punto de vista era correcto. El murió varios meses después de fundado el Instituto del Seguro Social, cuando apenas iniciaba sus importantes tareas bajo la dirección del licenciado Ignacio García Téllez. De entonces para acá la obra del Instituto ha sido importantísima, trascendental y constructiva; y aun cuando no ha estado exenta de errores, es innegable que ha contribuido a distribuir mejor el ingreso, incrementándolo, entre centenares de miles de empleados, obreros y campesinos.

Cada vez ha sido mayor el número de médicos al servicio del Instituto del Seguro Social, modificando con ello las características psicológicas del profesional de la medicina. El médico había sido educado para ejercer una profesión liberal con fines no sólo altruistas sino de lucro. Abrir un consultorio, tener mucha clientela y ganar dinero, había sido tradicional y generalmente el ideal del estudiante de medicina. Y al encontrarse con que ese ideal se derrumba y que es tan sólo un profesionista de carácter social, el trauma ha sido inevitable. Esto explica el conflicto médico de 1965 que tuvo en jaque durante varios meses a la sociedad mexicana. El

observador imparcial recibió la impresión de que el Presidente de la República, tal vez incorrectamente asesorado, no entendió al principio la hondura del problema, razón por la cual se explica el largo tiempo transcurrido para resolverlo atinadamente.

Ahora bien, es bien sabido que durante los tres siglos coloniales y los 150 años de vida independiente, se ha discutido en múltiples ocasiones y por numerosos autores, si el indio de América tiene o no capacidad para incorporarse a la civilización occidental. Unos han opinado afirmativamente y otros en forma negativa, desde las polémicas entre Sepúlveda y Las Casas en el siglo XVI hasta nuestros días. Mendizábal, con sobra de razón, piensa que todas las razas humanas tienen la misma capacidad esencial para el progreso, la misma capacidad para realizar en la vida una obra constructiva y creadora. Añade que son las circunstancias históricas y las condiciones del medio geográfico las que contribuyen al adelanto acelerado o lento de los pueblos en el curso de su evolución económica y cultural. En nuestros días ya no hay personas inteligentes y con amplio bagaje de conocimientos modernos que sostengan la superioridad de unas razas y la inferioridad de otras. Tómense las medidas apropiadas para sacar al indio de su aislamiento; désele una dieta apropiada para su normal desarrollo biológico, y póngase a su alcance la instrucción primaria y la educación media y superior; y el indio de América podrá ser en poco tiempo un factor de importancia en la edificación de un mundo nuevo, donde el hombre con libertad y sin temores realice su destino.

Y aquí viene el relato de una minucia histórica poco conocida. En 1930 Miguel Othón de Mendizábal y yo organizamos la Universidad Obrera y Campesina, dependiente del Partido Nacional Revolucionario del cual era presidente el licenciado Emilio Portes Gil. La universidad, desgraciadamente, funcionó tan sólo durante algo más de tres meses. Vino un cambio en la política del partido y la incipiente institución fue suprimida. En ella se dieron clases a obreros y campesinos en forma elemental, de economía política, historia y otras materias útiles a su preparación para actuar mejor en la vida. Además se estableció un pequeño departamento de investigaciones económicas y sociales. La inauguración de cursos se celebró con solemnidad en el antiguo Teatro Hidalgo. Mendizábal, en su calidad de rector, leyó un sesudo y conceptuoso discurso que pudo haber sido pronunciado en cualquier universidad importante del mundo. De ese discurso, a manera de ejemplo, transcribimos los dos párrafos que enseguida se insertan:

> La Universidad Obrera y Campesina tampoco perderá de vista, ni en sus cátedras, ni en su sector de investigaciones, los intereses de los obreros, de los campesinos y de los asalariados todos; pero no será un simple

fermento de ideología destructiva: fomentará la organización, la cooperación, la solidaridad y trabajará enérgicamente porque estas conquistas imperiosas del proletariado, se logren, precisamente, bajo la dirección de proletarios reales, a los que un elevado concepto de ética social convierta en fieles servidores de los intereses de su clase.

La Universidad Obrera y Campesina, del Partido Nacional Revolucionario, brinda sus aulas, absolutamente sin condiciones, a los obreros y campesinos, cualquiera que sea su filiación sindical o política, garantizándoles que su acción será normada estrictamente por su lema: "La ciencia y el arte al servicio de la colectividad".

Lo curioso del caso estriba en que quien clausuró la universidad fue nada menos que el general Lázaro Cárdenas, nombrado presidente del Partido en sustitución de Portes Gil. A nuestro parecer, Cárdenas no había precisado entonces, ni afirmado ni afinado sus ideas revolucionarias, de las que dio pruebas contundentes como primer magistrado de la Nación en su brillante sexenio. Cárdenas se hizo y cuajó en plenitud como hombre y estadista en la Presidencia de la República.

Mendizábal, de igual manera que otros revolucionarios mexicanos de su misma generación o de la inmediata posterior, figuró en la década de 1930 entre los más radicales, de izquierda definida con orientación socialista, de conformidad con los esquemas ortodoxos de análisis predominantes en aquellos años. Unos cuantos nombres tomados al azar: Vicente Lombardo Toledano, Víctor Manuel Villaseñor, Ignacio García Téllez, Francisco Zamora, Francisco J. Múgica, Narciso Bassols, Ricardo J. Zevada, Miguel Sánchez de Tagle, Santiago R. de la Vega, el autor de este libro y otros que no cito por no comprometerlos ya que han dado un viraje a la derecha y aun a la extrema derecha desde el punto de vista ideológico. Un artículo de Mendizábal titulado "El socialismo y la educación", escrito en 1934 o tal vez en 1935 —no hay elementos para precisar la fecha—, refleja lo que pensábamos algunos intelectuales treintañeros o apenas cuarentones sobre el capitalismo, el socialismo y el futuro próximo de las sociedades humanas. De ese artículo copiamos varios párrafos:

El socialismo es la meta, la estación terminal a la que tendrán que arribar todas las sociedades de estructura capitalista, impulsadas por el motor universal del desarrollo dialéctico de la historia: "la lucha de clases".

Todas las naciones, todas las sociedades, quiéranlo o no, sépanlo o no lo sepan, recorren rápida o lentamente, con entusiasmo o con angustia, la inevitable ruta. Unas, como Francia o Inglaterra, se han detenido temporalmente en estaciones intermedias, por obra de su peculiar organización económicosocial; otras, como Italia o Alemania, han tomado el escape del fascismo con ánimo de eludir o retardar, por lo menos, la hora de llegada; pero el antagonismo de clases, acallado solamente en sus manifestaciones externas por la violenta represión, al presentarse la

primera vicisitud internacional de carácter grave —agudización de la crisis o guerra— las obligará a recorrer con mayor velocidad la vía directa hacia la estación terminal: el socialismo.

¿Por qué el socialismo es la meta inevitable de las sociedades capitalistas? Porque, como consecuencia del intenso desarrollo industrial, base del poder económico y del influjo político de la burguesía, esta clase privilegiada, siempre en disminución relativa, ha creado al proletariado, la clase antagónica, siempre en aumento, que a través de la pugna ya centenaria, por sus reivindicaciones: reducción de la jornada de trabajo, elevación del salario, reglamentación del trabajo de los niños, asistencia y seguro social, ha adquirido una perfecta conciencia de sus intereses temporales y permanentes, y, finalmente, de su poder irresistible cuando en una escala nacional y más aún internacional, unifique su acción por y para su clase.

Porque la concentración y la centralización de la producción en unas cuantas manos, cada día menos, debido al enorme incremento de los monopolios y al proceso eliminador de los "trusts", proletariza a los ortesanos, a los profesionistas, a los pequeños industriales y comerciantes, quienes, decepcionados ya de llegar a incorporarse a la gran burguesía, comienzan a comprender que sus verdaderos intereses son afines a los del proletariado, al que fueron, son y serán incorporados por el simple funcionamiento de la producción capitalista.

Porque, no obstante el régimen del monopolio, la concurrencia mundial obliga al capitalismo a producir mercancías cada vez más baratas y en mayor cantidad, para lo cual no tiene otro recurso que reducir los costos y aumentar la productividad, haciendo descender el nivel de los salarios —tan miserables ya, que aceleran la muerte del trabajador por exceso de trabajo y escasez de alimentos y le impiden su normal reproducción biológica— o, como ocurre en las sociedades más prósperas y mejor organizadas, perfeccionando sin cesar la técnica de la producción.

Porque el perfeccionamiento de la técnica y la maquinización sistemática de todas las sociedades, dentro del rígido régimen capitalista, cuya finalidad suprema es la ganancia, crea automáticamente el problema de la desocupación, cada vez más agudo, que en los últimos años ha llegado a tal magnitud, que los más poderosos Estados y las más ricas burguesías no pueden afrontarlo.

Porque el aumento incesante de la producción, resultado del perfeccionamiento de la técnica y de la necesidad de organizar la fabricación en serie que reduce los costos, lanza al mercado cantidades cada vez más grandes de mercancías, que si están muy lejos de llenar la necesidad universal de consumo, no encuentran comprador, por el empobrecimiento de las masas obreras y campesinas y aun de la pequeña burguesía, arruinada por la competencia insostenible, por las operaciones de la bolsa y las quiebras bancarias. En los últimos años la humanidad ha contemplado con estupefacción cómo, para evitar la caída de los precios, la burguesía ha quemado miles de toneladas de trigo y destruido millones de piezas de ropa, de calzado y toda clase de artículos de primera necesidad, frente a la angustia de cuarenta millones de desocupados

de la industria y de quinientos millones de trabajadores desnudos de Asia, de África, de América y de Oceanía.

Porque con el afán de obtener una situación privilegiada en los mercados mundiales y posiciones primitivas en los países coloniales, que les permitan colocar de preferencia sus productos, las naciones poderosas y sus pequeños satélites se agrupan en complicadas coaliciones y toman su colocación estratégica para la próxima lucha catastrófica, que permitirá a la burguesía vender los armamentos y artificios de sus grandes industrias de guerra, incluso a sus enemigos, y, principalmente, dar a sus millones de desocupados ocupación o sepultura.

Porque el proletariado de los diversos países, ante la perspectiva de morir o matar a los obreros y a los campesinos de las naciones que el intrincado equilibrio internacional quiera enfrentarles, aleccionados por la experiencia de la pasada guerra mundial y alentados por el triunfal ejemplo de los obreros, campesinos y soldados rusos en 1917, usarán las armas que la burguesía ponga en sus manos, para aniquilarla e instaurar el socialismo. [6]

Después de escrito lo anterior han pasado algo más de 30 años preñados de acontecimientos trascendentales: la segunda guerra mundial, más cruel y generalizada que la primera; la derrota de Italia y Alemania y de sus sistemas económicos, políticos y culturales; el surgimiento de nuevas naciones socialistas en el escenario internacional, tales como China territorial, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y otras de menor importancia; la independencia política completa o restringida de buen número de países africanos, lo cual parece indicar a corto o largo plazo el fin del colonialismo; el imperio de los Estados Unidos transformado en la primera potencia del mundo, tanto en lo económico como en lo militar; el descubrimiento de la energía nuclear, de las máquinas electrónicas, de la cibernética; los adelantos científicos sorprendentes en el campo de la biología, de la medicina, de la física, de la química; y en medio de todo esto una profunda crisis de valores y de conceptos esenciales sobre el hombre, la vida toda y el universo. Lógica e inevitablemente el esquema de Mendizábal ya no funciona cabalmente en la hora actual y exige revisión meditada y profunda, no obstante lo cual es mucho lo que queda en pie, lo que tiene actualidad.

[1] Del libro próximo a publicarse *El pensamiento económico, social y político de México.*

[2] Mendizábal, Miguel Othón de. *Obras Completas*, tomo II, pp. 185.

[3] Mendizábal, "El origen histórico de nuestras clases medias", en *Obras Completas*, tomo II, pp. 559 y 564.

[4] De pp. 199 a 256.

[5] Mendizábal. *Obras Completas.* tomo VI. pp. 529 a 537.

[6] Mendizábal. *Obras Completas.* tomo IV, pp. 377 a 379.